

Desde el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, hace más de cinco años, se han producido numerosos acontecimientos de enorme tristeza y gravedad que se encuentran en ese mismo marco conceptual de comprensión. Todos ellos, junto con las reacciones que han suscitado a la mentalidad moderna, poco acostumbrada a mirar despacio las cosas, han contribuido a aumentar la confusión respecto del único punto en que todos coinciden: el anhelo de paz.

Elemento común a muchas de estas reacciones ha sido señalar que la profesión pública de una fe es origen seguro de violencia en la vida social y, en este sentido, que hacer de la religiosidad humana un elemento operativo en la vida pública es semilla de discordia. Esto, que ha sido aceptado por muchos sin discusión como premisa de partida de muchas otras conclusiones, es algo que debe ser analizado más despacio. Lo que este breve ensayo se propone es, precisamente, reflexionar sobre ese punto a partir de las mismas palabras de quienes arguyen, y tratar de indagar lo que de verdad hay en sus discursos.

En este sentido, al menos es posible encontrar dos tipos distintos de argumentaciones, conforme a dos tipos de mentalidad, a cada una de las cuales hay que dedicar atención conforme al valor respectivo.

Un primer tipo de reacción tuvo eco en un artículo publicado inmediatamente después del atentado de septiembre de 2001 que tuvo gran difusión por razón del título y del reconocido prestigio de su autor, José Saramago, premio Nóbel de literatura. El artículo se titulaba «El 'factor Dios'». La tesis, sostenida por quien se declaraba públicamente ateo, es que el nombre Dios, como la religión que de ese nombre surge, además de ser artificio humano, «producto del miedo morir», es fuente de conflictos en la vida del hombre. Así pues, es preciso tomar

¹ [El presente texto constituye una versión corregida de la conferencia dictada como Lección Magistral en la Cátedra Ángel Herrera Oria de Doctrina Social de la Iglesia, el 20 de noviembre de 2001.]